

SAN GABINO, PRESBITERO Y MARTIR

Día 19 de febrero

Por P.Juan Croisset, S.J.

Fue San Gatuno originario de Dalmacia, pariente del emperador Diocleciano, hermano del papa San Cayo, y padre de Santa Susana; nació de padres cristianos, hacia la mitad del tercer siglo. En poco tiempo adelantó mucho en las letras humanas; pero se dedicó con mucha mayor aplicación al estudio de la Sagrada Escritura y de las ciencias divinas.

Era casado Gabino; pero no tuvo más que una hija, llamada Susana, á cuya crianza se aplicó con el más vigilante desvelo, inculcándola desde la cuna el temor santo de Dios, inspirándola un grande amor á la virginidad, y sumo horror á todo lo que podía manchar el alma. Era Susana de una vivacidad, de un espíritu extraordinario. Faltóla su madre siendo todavía muy niña, y su padre Gabino se dedicó enteramente á cultivar aquel nobilísimo terreno, que mostraba las más bellas disposiciones para la virtud, y para ser algún día, como lo fue, una ilustrísima mártir.

Apenas se vio nuestro Santo desembarazado de los lazos del matrimonio por la muerte de su virtuosa mujer, cuando se aplicó enteramente á estudiar la ciencia de la religión. Libre de los empeños del siglo, quiso ser admitido en el clero; elevado á la dignidad del sacerdocio, no cedía

su celo al más generoso, al más infatigable, al más industrioso ni al más eficaz. Veíase con admiración á este santo presbítero pasar las noches enteras en las lóbregas concavidades de las rocas para celebrar el santo sacrificio de la Misa, y para alimentar con el divino Pan a los que estaban en vísperas de ser sacrificados, hostias inocentes, al Dios vivo en las aras del martirio.

No se contenía el celo de San Gabino precisamente dentro de los límites de estas grandes obras de caridad. Como era sabio, compuso un excelente tratado contra los idólatras, en el cual, exponiendo las impías y monstruosas supersticiones de los paganos, hacía visibles, aun á los entendimientos más limitados y á los ojos menos perspicaces, el horror, la extravagancia y aun la locura de sus dogmas, demostrando al mismo tiempo con tanta precisión la palpable santidad de la religión cristiana, que no se puede dudar que con esta obra no hiciese gran número de conversiones.

Habiendo sucedido San Cayo en el pontificado al papa Eutiquiano el año 282, se puede en cierta manera decir que nuestro Santo cargó con parte de la solicitud pastoral del santo pontífice Cayo, y que Cayo encontró en su santo hermano un compañero fiel con quien repartió todos sus trabajos.

Pero mientras Gabino trabajaba con tanto fruto en la viña del Señor, no por eso olvidaba el cuidado de su querida hija. Al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento con las luces más sublimes, iba labrando su corazón con el ejercicio de las más heroicas virtudes. Sobre todo imprimió en ella una idea tan superior de la virginidad, que, despreciando generosamente los más

halagüeños tentadores atractivos del mundo, hizo voto de no admitir otro esposo que á Jesucristo.

No ignoraba el emperador Diocleciano que Cayo y Gabino sus parientes eran cristianos, ni dudaba tampoco que Susana profesase también la misma religión; pero como este príncipe, los primeros años de su reinado se mostró muy favorable á los cristianos, los dejó vivir en paz, y aun su familia estaba llena de ellos.

Habiendo creado César á Maximiano Galerio el emperador Diocleciano, quiso también hacerle yerno suyo, dándole por mujer á su única hija la princesa Valeria. Muerta ésta, el Emperador, que no quería que la púrpura saliese de su familia, y que estaba bien informado de las eminentes prendas de Susana, resolvió darla por esposa al nuevo César, y ordenó á un caballero pariente suyo, llamado Claudio, que buscase á Gabino, y que en su nombre le propusiese esta boda. Gabino recibió al caballero con la mayor urbanidad, y, después de manifestarle lo agradecido que quedaba á la honra que el Emperador quería dispensarle, pidió por favor le concediese algún tiempo para proponérsela á su hija, y para dar parte de ella á su hermano Cayo.

Llamó después separadamente á Susana, y con voz dulce, con semblante sereno y tranquilo la dijo: *¿Conoces bien, hija mía, la grande dicha que gozas en tener por esposo á Jesucristo? ¿Te haces cargo de lo que vale tu estado? ¿Comprendes perfectamente su mérito y su valor?— Conózcole tan bien, respondió Susana, que, en su comparación, me parecen menos que nada todas las coronas del mundo; no hago más caso de ellas que de un poco de humo, el cual sólo se eleva para disiparse, sólo sube para desvanecerse. Éso es, hija mía, estimar las cosas*

en su justo precio, discurrir y hablar como se debe. Pero demos caso que el Emperador quisiese hacerte su nuera, ¿parécete que la augusta dignidad de Emperatriz no te daría en los ojos y no te tentaría en el corazón? Sobre todo, si te dieran á escoger, ó la corona imperial, ó la corona del martirio, ¿cuál de las dos escogerías? ¡Ay, padre y señor, exclamó la Santa, y qué dichosa sería yo si me viera en ese paraje! ¡Que presto tomaría mi partido! No: no sería capaz de deslumbrarme el resplandor de la púrpura imperial; esposa soy de Jesucristo, y esposa suya moriré. Ninguna cosa del mundo es bastante para hacerme titubear en la fe, ni para que padezca el menor vaivén mi fidelidad. Toda mi confianza la tengo colocada en aquel Salvador omnipotente que es el único dueño de mi corazón. No, no me espantan los tormentos: y, si no, á la prueba me remito.

No pudo contener las lágrimas el virtuosísimo padre, enternecido con la cristiana magnanimidad de su querida hija. *Ea, pues, Susana, la dijo, viendo estoy que presto te hallarás en esta prueba. El Emperador quiere casarte con el César Maximiano, y Claudio, tu pariente, vendrá á hacerte la proposición de su parte. Apenas habían acabado esta conversación, cuando llamó Claudio á la puerta; después de los primeros cumplimientos, declaró la voluntad y el orden que traía del Emperador, extendiéndose mucho en ponderar el esplendor y las ventajosas conveniencias de tan ilustre alianza. Oyó Susana la proposición con el más profundo respeto; pero cuando llegó el caso de hablar, revistiéndose de un aire resuelto y determinado, pero al mismo tiempo modestísimo y atento: Admirada estoy, respondió a Claudio, que si el Emperador sabe, como no lo puede ignorar, que soy cristiana, piense casarme con un príncipe pagano, y príncipe que sobradamente se ha declarado ya enemigo mortal de los que profesan mi religión; pero, si acaso lo ignora, yo os suplico que se lo*

digáis de mi parte. Añadidle que estoy muy agradecida á la honra que me hace su majestad imperial; pero al mismo tiempo asegúradle que ningún hombre mortal me tendrá jamás por esposa suya.

No dijo más por entonces; y despidiéndose cortesanamente de aquel caballero, fue derecha á buscar á su tío el papa Cayo, y le refirió todo lo que había pasado, ratificándose en la resolución de conservar su virginidad, aunque fuese á costa de su sangre y de su vida. Confirmóla el santo Pontífice en su generosa resolución, animándola al martirio. Las circunstancias de su gloriosa victoria se pueden ver en la vida de este Santo el día 22 de Abril, y en la de la Santa el día 11 de Agosto.

Convirtiéronse á la fe Claudio, su mujer Prepedigna, con dos hijos suyos, acompañándolos en la misma dicha su hermano Máximo, uno de los caballeros mozos más distinguidos en la corte.

Nuestro Santo fue testigo del combate y de la victoria de su querida hija, que sufrió los más crueles tormentos con tan heroica constancia, que admiró hasta á los mismos paganos.

Apenas triunfó Susana de los tormentos, coronando su virginidad con el generoso sacrificio de su vida, cuando fue arrestado San Gabino. Encerráronle en un oscuro espantoso calabozo, que fue para él lugar apacible de sus delicias. Resuelto el tirano á vencer la constancia de su fe, ó por el tedio, ó por las incomodidades de la prisión, ó dejándole morir en ella de hambre y de miseria, le hicieron padecer cuantos tormentos puede inventar la más cruel barbarie. Sufrió el Santo todos estos suplicios, no sólo con una constancia inalterable, sino con tanta alegría como si

pasara la vida más divertida y más regalada del mundo. Seis meses pasó San Gabino en estos tormentos después de la preciosa muerte de su hija Santa Susana, hasta que, queriendo el Señor coronar su paciencia premiando sus trabajos, permitió que le cortasen la cabeza. Terminó nuestro Santo la carrera de su vida por un glorioso martirio el día 19 de Febrero del año de 296, dos meses antes que lograrse la misma suerte su hermano el santo pontífice Cayo; y fue enterrado por los cristianos el cuerpo de San Gabino en el cementerio llamado de San Sebastián.

La Misa en honor del Santo es del común de los mártires no pontífices, y la oración la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que nos fortifiques en el amor de tu santo Nombre por la intercesión de tu bienaventurado mártir Gabino, cuyo dichoso nacimiento al Cielo celebramos en este día. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola, es del cap. 10 del libro de la Sabiduría, y la misma que el día 14.

REFLEXIONES

Este enemigo maligno, que con sus calumnias y con sus artificios procura denigrar el crédito de los buenos, hablando propiamente, no es otro que ése que se llama mundo; pero la verdadera sabiduría pone de manifiesto sus artificiosos enredos, hace visible la iniquidad de sus leyes y de sus máximas, y también hace palpable el poco espíritu y la bajeza de corazón de los que voluntariamente se sujetan á su yugo.

¡Cosa extraña! Ninguna verdad de la religión se propone, ninguna máxima del Evangelio se presenta, que

para admitirla ó desecharla no se consulte primero al espíritu del mundo; apelase á su tribunal, y todo cuanto Jesucristo nos enseña ha de pasar por este juzgado. Grite ó no grite la conciencia, mande ó no mande, amenace ó no amenace el mismo Dios, todo está suspenso hasta que el oráculo de los mundanos pronuncie la sentencia definitiva; todo se arregla por sus interpretaciones; todo cede á sus costumbres y á sus leyes; todo se ha de ajustar á sus máximas. El mundo aprueba, el mundo condena, el mundo no permite, esto no es según el gusto del mundo. Mi Dios, ¡qué lenguaje es éste en medio del Cristianismo, y qué mala vergüenza es que los cristianos se sirvan de este lenguaje!

Pero si este mundo mortal es un fantasma, sin más subsistencia que la que finge la imaginación, ¿no somos locos, no somos insensatos en formarnos un amo, un dueño tan incómodo, puramente de las fantasías de otro, y en fabricarnos un ídolo formidable de nuestras propias ideas? Mas si es alguna cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos tan duras leyes? ¿Quién le dió esta autoridad? ¿Por qué fatal destino nos imaginamos nacidos para ser esclavos suyos?

Ciertamente, cuando se discurre sin pasión y sin preocupación, cuando se mira de cerca lo que viene á ser ese mundo, se indigna uno contra sí mismo por haber deferido tanto á sus antojos, viéndose hecho la burla de sus caprichos.

El Evangelio es del cap. 10 de San Mateo, y el mismo que el día 14.

MEDITACIÓN

Del menosprecio que debemos hacer del mundo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que aun en medio de los cristianos hay un mundo enemigo del Cristianismo, al cual le desconoce Jesucristo. Este es aquel mundo que aborrece al Hijo de Dios, como el mismo Hijo de Dios se queja sentidamente; aquel mundo, compuesto de réprobos y enemigos del Salvador; aquel mundo, en fin, contra quien todos los santos se declararon, y que él persiguió á todos los santos.

Es constante que ser de este mundo y ser del número de los réprobos; amar a este mundo, y declararse enemigo de Jesucristo es una misma cosa. A la verdad, no todos los que son de este mundo son lascivos, ni voluptuosos, ni murmuradores, ni disolutos, ni impíos ; pero es cierto que todos los que más se entregan á estos vicios son muy bien recibidos en tal mundo, son alabados, son aplaudidos en él, y que el impedimento más exclusivo de la secta de los mundanos es ser devoto.

El demonio, que, hablando propiamente, es el príncipe de este mundo, tiene gran cuidado de amontonar en él todo aquello que es á propósito para inspirar el vicio, las riquezas, la inmodestia de los trajes, la magnificencia de las galas, la bizarría de las modas, el refinamiento de la profanidad, las conversaciones libres, el halago de la música, el desahogo de los bailes, la licencia del teatro, en una palabra, todo lo que puede irritar la pasiones, introduciéndolo por los sentidos; ¿es otra cosa eso que se llama el gran mundo ó el bello mundo?

Hasta el aire, hasta el modo, hasta el artificio en el hablar, hasta la misma política del mundo no carece de ponzoña el día de hoy; en él todo es escollos, todo tentación. ¿Y qué lugar se da á la religión en el mundo? ¿Mantiénese en él la ley cristiana en todo su vigor? El

espíritu del mundo ¿puede, por ventura, tolerar á otro espíritu? ¿Reina en él Jesucristo? ¿Danse siquiera gratos oídos á sus máximas? Y, mientras tanto, el mundo campa, el mundo brilla, el mundo florece. ¿Y cuántos hacen gran vanidad de ser de ese bello mundo, que se avergonzarían de que los tuviesen por devotos?

Si las personas de este carácter perdieron la fe, harto infelices son en ser infieles. Confundidos dentro de muy poco tiempo en los infiernos entre tantos desdichados apostatas, ¡qué rabia, qué furor, qué desesperación será la suya! Pero si todavía creen las verdades terribles de nuestra religión, ¿qué señal de su probable reprobación eterna que la horrible contradicción que se encuentra entre sus costumbres y su fe? Tiénese por cierto que es necesario morir; créese indubitablemente que es preciso comparecer algún día ante el Tribunal de Dios; i y todavía se vive según el espíritu, según las perversas máximas del mundo!

Veis aquí verdaderamente un gran motivo de admiración y de pasmo; pero veis aquí también, Señor, un motivo para mí del mayor dolor, del más amargo arrepentimiento. Yo, mi Dios, os abandoné , siendo el mejor y el más amable de todos los amos, por hacerme voluntariamente esclavo del más implacable, del más cruel de todos los tiranos. Sea, Señor, ésta la dichosa hora en que con vuestra gracia haga pedazos mis cadenas.

PUNTO SEGUNDO.—Considera qué gran desdicha es vivir según el espíritu y según las máximas del mundo. ¿Dónde hay sujeción más servil, dónde esclavitud más opresora que la de los mundanos? Es menester aguantar á unos, disimular á otros y depender del capricho de todos. Está el mundo lleno de quejosos y de descontentos. Cada día amanecen nuevos enfados y nuevas pesadumbres: brotan

las cruces al doloroso riego de lágrimas amargas. Y después de tanto contratiempo y de tanto disgusto, después de una vida toda llena de hiél y de amargura, ¿qué es lo que se sigue (si no se arrepienten)? Una eternidad de suplicios en un infierno eterno. Este es el triste destino de los mundanos ; ésta es la fortuna de los que se llaman hombres del gran mundo.

Mi Dios, ¿y será posible que hombres, por otra parte, de razón, sujetos de capacidad, de penetración, de honra, de espíritu, den, tropiecen y caigan en un desbarro tan grosero; que habiendo nacido libres, y por el bautismo hijos de Dios, se hagan voluntariamente esclavos, que se fabriquen una deidad de un vano fantasma, que sigan servilmente sus leyes y sus máximas, seguros de ser por toda recompensa eternamente infelices y condenados?

i Ah, qué discretos, qué prudentes fueron aquellos héroes cristianos, aquellos ilustres enemigos del mundo, que le volvieron las espaldas, y dejaron con él grandes bienes, grandes honras, grandes esperanzas, y nunca le miraron sino con un altísimo desprecio! ¡Qué cuerdas son esas personas tan respetables por su virtud en tratarle con tanto menosprecio, y en tener tanto horror á sus vanas, á sus perniciosas máximas! Pero esos hombres vanos, y casi sin religión; esos jóvenes encaprichados en sus locas fantasías; esas mujeres del mundo ¿son cuerdas, son prudentes en no tener otro Evangelio que su mundanidad ni otra religión que el mundo mismo? ¿Es acaso necesario meter tanto ruido para advertir á todo el Universo que quieren condenarse? Pero ¡qué furor, qué locura hacer vanidad, hacer punto de honra de ser del número de los réprobos! ¿Será, por ventura, envidiable la infeliz condición de semejantes personas?

Es menester resolverse á una de dos: á renunciar las máximas y el espíritu del mundo, ó á renunciar las máximas del Evangelio y el espíritu de Jesucristo. No hay medio entre estos dos extremos. En vano se pretende conciliar estos dos señores; necesariamente se renuncia al uno cuando se sigue al otro. ¿Se gusta del mundo, se ama al mundo, se siguen las máximas del mundo? Pues mas que uno se llama cristiano cuanto quisiere, mas que frecuente los Sacramentos, mas que asista á los divinos misterios, en siguiendo al mundo, no puede ser discípulo de Cristo.

¡Mi Dios! ¿Y no es éste mi retrato? Por mi librea se puede conocer bien á qué amo sirvo. ¡Ah, Señor, mi dolor y mi arrepentimiento me reprenden muy sensiblemente mi impiedad y mi locura! Después de haber renunciado tan solemnemente en el bautismo las máximas del mundo, he amado á este mundo, le he servido, me he entregado á él hasta la hora presente; reconozco mi culpa y la detesto. Dignaos, Señor, recibirme en vuestro servicio; que yo prometo, mediante vuestra divina gracia, seros más fiel y vivir únicamente para, amaros y para servirlos.

JACULATORIAS

Todo lo que no es servir, mi Dios, es vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Qué otra cosa saca el hombre de cuanto trabaja, de cuanto afana en el servicio del mundo?—*Eccl.*, 1.

Teme á Dios y guarda sus mandamientos, que esto sólo es ser verdaderamente hombre.—*Eccl.*, 12.

PROPÓSITOS

1. Puesto que el mundo es enemigo de Cristo, declárate tú por enemigo del mundo; detesta sus costumbres, mira con horror sus máximas, sofoca en ti su espíritu; no te contentes con gritar contra la injusticia, contra la mala fe, contra la corrupción del mundo; porque á esto se reducen por lo común todas las reflexiones que se hacen sobre la malignidad del mundo. Da en este día á tu Señor, á tu único dueño, dale, vuelvo á decir, algo más que palabras, algo más que unos movimientos estériles y unos dictámenes especulativos de indignación. No seas ya ni de sus diversiones, ni de sus peligrosas concurrencias. Desde hoy en adelante arregle la modestia cristiana, así el gasto de tu casa como el porte de tu persona; la modestia no confunde las condiciones, antes las ordena. Guárdate bien de hacerte esclavo de las modas. Al Evangelio de Cristo toca reformar las modas mundanas, no al ridículo capricho de las modas derogar las leyes ni el Evangelio de Jesucristo.

2. ¿Tienes la dicha de estar fuera del mundo? Pues mira que no apruebes jamás, por una indigna complacencia, por una pusilánime cobardía, ni los usos ni las máximas poco cristianas. ¿Estás metido dentro del mundo por la condición de tu estado? Pues no te contentes con aborrecer; huye también el comercio de los que le aman, porque su comunicación es contagiosa. Como todo lo que el mundo presenta á la vista es tan brillante, son pocos los ojos fuertes que tienen vigor para no dejarse deslumbrar de sus resplandores, cuando el trato, cuando las conversaciones son frecuentes. Si los santos, que sólo tratan con el mundo para santificarle, corren gran riesgo de pervertirse ellos mismos, no obstante tantos preservativos, ¿cómo se pueden tener por seguros los que le tratan por gusto, por diversión., por desahogo, no más que por tratarle, estando tan distantes de la virtud de los otros?"